**CRISTO, EL FUNDAMENTO DE LA ALABANZA Y LA SABIDURÍA**

Salmos 2:7-8

INTRODUCCIÓN:

Durante todo este mes nos enfocaremos en Cristo, como el fundamento de la alabanza y la sabiduría en los libros de los Salmos, Proverbios, Eclesiastés y el Cantar de los cantares, para descorrer el velo y descubrir a nuestro Señor en diferentes facetas en cada uno de ellos.

La celebración de la Pascua o Semana Santa en toda la cristiandad tiene profundas raíces en el Antiguo Testamento, y en forma especial, en el libro de Éxodo donde se detalla el sacrificio de un cordero en la Pascua que luego sería identificado como una figura de Jesucristo, el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo y también en el libro de los Salmos donde se anticipa de manera detallada su crucifixión para mostrarnos que su muerte no fue casual o que podía evitarse, sino por el contrario, nos indica que fue meticulosamente planificada por Dios con mucha anticipación, y para ser más precisos, el salmo 22 que describe en detalle su sufrimiento el cual fue proféticamente registrado en el año 1057 antes de Cristo. ¡Más de 1000 años antes de la muerte de Cristo en la cruz!

Los Salmos, llamados también *Tehilim* que en hebreo significa “Alabanzas” fueron escritos por David, Salomón, Moisés, Asaf, los hijos de Coré, de Ethan, de Hernán y otros autores cuyos nombres no conocemos desde tiempos inmemoriales. Los Salmos, que son 150 están compuestos por 5 secciones o colecciones de cánticos que los israelitas utilizaban en sus cultos de adoración y alabanza.

Para Jesús los Salmos fueron inspirados por el Espíritu Santo, es decir, Dios habló por medio de ellos. En Marcos 12:36 Jesús dijo “Porque el mismo David dijo por el Espíritu Santo: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estado de tus pies”, que es la cita exacta del Salmo 110:1; y después que resucitó y se reunió con sus discípulos les habló diciendo: “Estas son las palabras que os hablé estando aún con vosotros, que era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos” (Lucas 24:44).

Más aún, para el apóstol Pablo, por medio de los Salmos podemos ser llenos del Espíritu Santo. En Efesios 5:18-19 escribió “…sed llenos del Espíritu, hablando entre vosotros con salmos, con himnos y cánticos espirituales, cantando y alabando al Señor en vuestros corazones…” Es decir, podemos ser llenos del Espíritu “hablando” o “recitando” salmos, y también cantando.

Y no solamente podemos ser llenos del Espíritu por medio de los salmos, sino que podemos desatar el poder de Dios orando y cantando como ocurrió en la cárcel de la ciudad de Filipos. En el libro de Hechos 16:25-26 se nos dice: “Pero a medianoche, orando Pablo y Silas, cantaban himnos a Dios y los presos los oían. Entonces sobrevino de repente un gran terremoto, de tal manera que los cimientos de la cárcel se sacudían y al instante se abrieron todas la puertas y las cadenas de los presos se soltaron”. Todo esto ocurrió mientas Pablo y Silas oraban y cantaban himnos.

Por eso, nosotros, los que creemos en Cristo cantamos en nuestras reuniones. Porque no se trata solamente de una liturgia o de un programa de un culto donde se incluye el canto congregacional, sino que se trata de la manifestación del poder sobrenatural en nuestras vidas que puede abrir puertas y romper cadenas como ocurrió con Pablo y Silas. Así que al saber esto, es probable que cambie totalmente nuestro concepto del canto en la iglesia, o en un grupo familiar o simplemente a solas en la presencia de Dios, porque mientras cantamos puede descender el Espíritu Santo sobre nosotros. Mientras cantamos pueden ocurrir milagros e incluso los mismos cimientos pueden ser sacudidos y temblar cuando el pueblo de Dios canta con la unción del cielo. Y cantar los salmos no es lo mismo que cantar cualquier cosa, porque cantar salmos es cantar la Palabra de Dios, es cantar lo que el Espíritu Santo habló, es cantar con el corazón y el sentir de Dios.

**I CON LOS SALMOS PODEMOS CANTAR LAS PROMESAS DE DIOS**

Salmos 2:7-8 “Yo publicaré el decreto, Jehová me ha dicho: Mi hijo eres tú, yo te engendré hoy. Pídeme, y te daré por herencia las naciones, y como posesión tuya los confines de la tierra”.

Este es un salmo claramente referido a Cristo, es decir, es un salmo mesiánico, que fue recordado por los apóstoles y toda la iglesia cuando fueron amenazados y se les prohibió predicar que Cristo había resucitado, entonces toda la iglesia unida de manera unánime, a una sola voz oraron diciendo “Soberano Señor, tú eres el Dios que hiciste el cielo y la tierra, el mar y todo lo que en ellos hay, que por boca de David tu siervo dijiste ¿Por qué se amotinan las gentes y los pueblos piensan cosas vanas? Se reunieron los reyes de la tierra y los príncipes se juntaron en uno contra el Señor y contra su Cristo” (Hechos 4:24-26). Toda la iglesia repitió de memoria el salmo 2, porque lo había cantado muchas veces, y ahora repetían palabra por palabra en su oración. Porque cuando uno se llena de la Palabra de Dios cuando ora lo que ora es Palabra de Dios.

Es mismo Salmo por medio del cual unánimes oraron, también dice “Jehová me ha dicho: Mi hijo eres tú, yo te engendré hoy. Pídeme, y te daré por herencia las naciones, y como posesión tuya los confines de la tierra”. Esta es una promesa para todos los que fueron engendrados por Dios, es decir, es una promesa para todos los que recibieron a Jesucristo, porque en el evangelio de Juan 1:13 dice “a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre les dio potestad de ser hechos hijos de Dios, los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios”. En consecuencia, fuimos engendrados de Dios en el momento que recibimos a Cristo. En ese momento Dios nos dijo “Mi hijo eres tú, yo te engendré hoy”, y allí mismo nos dio esta promesa “pídeme y te daré por herencia las naciones, y como posesión tuya los confines de la tierra”.

Y como toda promesa de Dios, está sujeta a una condición, y la condición es “pídeme”. “pídeme y te daré”. Somos hijos de Dios, y por ser hijos de Dios, Dios nos dio su herencia, y su herencia es “y te daré las naciones”. “Pídeme y te daré”, no un terreno, no una casa o una propiedad o un campo, sino “te daré las naciones”. Y cuando pedimos las naciones como herencia debemos recordar que estamos en Cristo, y Cristo en nosotros, y lo que pedimos es en nombre de Cristo y para Cristo, para que todas las naciones, pueblos y lenguas sean salvas en él.

Podríamos preguntarnos ¿Por qué debemos pedir por las naciones? Y la respuesta es: porque Dios nos pide que lo hagamos. Pedir como herencia a las naciones escapa de nuestra imaginación la dimensión de lo que Dios quiere que pidamos, pero cobra sentido cuando es para Cristo. Las naciones para Cristo.

Y para esto debemos creerle a Dios, debemos creer en esta promesa de Dios, y proclamarla en nuestra oración. “Señor, te pido las naciones por herencia y los confines de la tierra como posesión de Cristo para que sean salvas, para que tu reino venga y tu voluntad sea hecha”. Te animo hermano que oremos para que los reinos del mundo lleguen a ser de nuestro Señor.

**II CON LOS SALMOS PODEMOS VER A CRISTO EN LA CRUZ**

El salmo 22 comienza así “Dios mío, Dios mío ¿por qué me has desamparado?” Estas son las mismas palabras que Jesús pronunció Jesús cuando estuvo clavado en la cruz, de lo que deducimos que estuvo recitando este salmo de memoria mientras estaba agonizando. Al repetir este salmo Jesús estaba cumpliendo todo lo que de él decía. Es una profecía que se estaba cumpliendo.

Todo lo que los evangelios describieron al relatar la crucifixión de Cristo estaba escrito en salmo 22 que anticipó o profetizó su sufrimiento en la cruz. Este salmo dice “Todos los que me ven me escarnecen, estiran la boca, menean la cabeza diciendo: Se encomendó a Jehová, líbrele él, sálvele, puesto que en él se complacía”. En el evangelio según san Mateo 27:39 dice “Y los que pasaban le injuriaban, meneando la cabeza, y diciendo: Tú que derribas el templo y en tres días lo reedificas, sálvate a ti mismo si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz…Los fariseos y ancianos decían “A otros salvó, a sí mismo no se puede salvar, si es el Rey de Israel, descienda ahora de la cruz, y creeremos en él. Confió en Dios, líbrele ahora si quiere porque ha dicho: Soy Hijo de Dios” (43).

El salmista continúa diciendo “Porque perros me han rodeado; me ha cercado cuadrilla de malignos; horadaron mis manos y mis pies. Contar puedo todos mis huesos; entre tanto, ellos me miran y me observan. Repartieron entre sí mis vestidos, y sobre mi ropa echaron suertes”. Y en el evangelio de San Juan 19:23-24 dice “Cuando los soldados hubieron crucificado a Jesús, tomaron sus vestidos e hicieron cuatro partes, una para cada soldado. Tomaron también su túnica, la cual era sin costura, de un solo tejido de arriba abajo. Entonces dijeron entre sí: No la partamos, sino echemos suertes sobre ella, a ver de quien será. Esto fue para que se cumpliese la Escritura, que dice: Repartieron entre sí mis vestidos, y sobre mi ropa echaron suertes. Y así lo hicieron los soldados”.

Como vemos, los salmos no solo se cantaban sino se recitaban del mismo modo como lo hizo Moisés en Deuteronomio 32:44 “Vino Moisés y recitó todas las palabras de este cántico a oídos del pueblo,…” Moisés no cantó sino que recitó el canto. De igual modo lo hizo Jesús desde la cruz, recitó el salmo 22 a modo de oración, y lo hizo en lugar de todos los hasta el día de hoy dicen “Dios mío, Dios mío ¿por qué me has desamparado?” porque en la cruz Jesús llevó los sufrimientos y dolores de la humanidad, cargó sobre sí mismo todo el desamparo, la soledad, las enfermedades, las angustias junto con el pecado, las transgresiones y toda maldición. Todo lo cargó en su cuerpo porque nos amó hasta la muerte, y muerte de cruz. Como dice Isaías “más él herido fue por nuestras transgresiones, el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por sus heridas fuimos nosotros curados”.

Si en tu angustia dijiste “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” mira un momento a Cristo diciendo las mismas palabras desde la cruz, sintiendo lo que sientes, para que pongas tu fe en él, quien llevó sobre tus angustias y pecados, tal como está escrito en 1 Pedro 2:24 “quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia, y por cuya herida fuisteis sanados”. Porque Dios sana nuestra alma en Cristo Jesús. Así que al recitar un salmo en ocasiones podrás sentir que Dios te está sanando, alentando, consolando, fortaleciendo y llenando tu vida de esperanza y fe, porque lo que estás recitando viene del Espíritu de Dios.

**III CON LOS SALMOS PODEMOS VER EL PODER DE SU RESURRECCIÓN**

De pronto, en el mismo salmo 22 el panorama cambia a partir del versículo 22. El grito de angustia del que horadaron sus manos y sus pies se apaga y desaparece. Nace un nuevo día y la tristeza y el dolor ya no están más. El que comenzó con la frase “Dios mío, Dios mío ¿por qué me has desamparado? Ahora está diciendo que va a anunciar el nombre de Dios a sus hermanos. “Anunciaré tu nombre a mis hermanos, en medio de la congregación te alabaré”.

Los primeros cristianos entendieron que el que dijo “anunciaré tu nombre a mis hermanos” fue Cristo Jesús. Porque cuando las mujeres que fueron corriendo llenas de gozo y temor para decir a los discípulos que Jesús había resucitado, en el camino se encontraron con Jesús, y según Mateo 28:10: “…Jesús les dijo: No temáis, id, dad las nuevas a mis hermanos, para que vayan a Galilea, y allí me verán”. Jesús no dijo “dad las nuevas a mis discípulos” o “a los apóstoles”, sino dijo “dad las nuevas a mis hermanos”. Aquellos que lo abandonaron, aquellos que lo negaron y juraron que no lo conocían, Jesús no tuvo vergüenza de ellos por lo que hicieron, sino que los llamó “hermanos” como dice Hebreos 2:11-12 “Porque el que santifica y los que son santificados, de uno son todos, por lo cual no se avergüenza de llamarlos hermanos, diciendo: Anunciaré a mis hermanos tu nombre, en medio de la congregación de alabaré”.

Y el apóstol Pablo fue más lejos al escribir en Romanos 8:29 “Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos”. Jesucristo era el unigénito Hijo de Dios. Unigénito significa “único hijo”, y Dios no tenía otros hijos, solamente Jesucristo, y amó tanto al mundo “que dio a su Hijo unigénito para que todo aquel que en el crea no se pierda mas tenga vida eterna”. Pero después de morir en la cruz y resucitar de los muertos Cristo Jesús se convirtió en “primogénito”. Primogénito significa “primer hijo”, y Cristo fue el primer hijo que Dios resucitó entre muchos hermanos que también resucitará como resucitó a Cristo. Por eso, todos los que recibimos a Cristo nos convertimos en sus hermanos. Somos hermanos de Cristo y él no se avergüenza de nosotros. Al ser hermanos de Cristo somos miembros de la familia real, tenemos un linaje glorioso y miembros de la familia de Dios. ¿Puedes imaginar esto? ¿Sabes lo que es ser hermano de Jesucristo y coheredero con él? Significa que tanto Cristo como nosotros recibimos la misma herencia, como dijo Pablo en Romanos 8:17 “Y si hijos, también herederos, herederos de Dios y coherederos con Cristo”. Así que si piensas que eres un “don nadie”, o que no vales nada, o te sientes inferior antes otros, déjame decirte que estás equivocado. Si recibiste a Cristo eres hijo de un rey, eres hermano de Cristo y coheredero con él.

Y de pronto el Salmo 22 abre un portal para que veamos el futuro diciendo: “Se acordarán y se volverán a Jehová todos los confines de la tierra, y todas las familias de las naciones adorarán delante de ti, porque de Jehová es el reino y él regirá las naciones. Comerán y adorarán todos los poderosos de la tierra, se postrarán delante de él todos los que descienden al polvo. Aun el que no puede conservar la vida a su propia alma. La posteridad le servirá…” (y concluye) “Vendrán y anunciarán su justicia, a pueblo no nacido aún, anunciarán que él hizo esto”. Ese pueblo “no nacido aún” somos todos nosotros, porque Dios nos hizo su pueblo.

CONCLUSIÓN:

Después de saber todo esto ¡cómo no cantar y alabar a nuestro Dios! Si por medio de los salmos podemos ser llenos del Espíritu Santo, si por medio de la oración y el canto la tierra puede temblar y las puertas de las cárceles abrirse y las cadenas caer. Si por los Salmos podemos oír a Dios que nos dice “Pídeme”, “pídeme y te daré por herencia las naciones”, por los Salmos sabemos que las manos y los pies de Cristo serían horadados en la cruz desde hace más de mil años. Si por medio de los Salmos se nos revela que pertenecemos a la familia de Dios y reinaremos con él por la eternidad.

¿Cómo podríamos, entonces, negarnos a recibir a Cristo? ¿Cómo podríamos rechazar su invitación cuando él solo quiere hacernos bien?